

Crimen de artistas 2011

Novela intervenida

Medidas: 17,5 x 10,5 cm

Técnica:Acuarela





N.º 61. **LUCHA ENTRE ESPIAS**, por Peter Cheyney.

Debilitado por los efectos de bebidas nocivas, alcoholizado, hundido en los bajos fondos indispensables para su caracterización, traicionada por los hombres que deberían salvarle y martirizado por sus enemigos, O'Mara sigue siendo el mejor de los agentes del «Second Bureau» británico, el valeroso e inteligente soldado de la guerra fría que impera en la Europa de la postguerra.

N.º 62. **LOS OJOS DEL MUERTO**,
por Henriette Martin y Gita Lewis.

Zachary Anders recobra la vista gracias a los ojos de un ajusticiado, y en cuanto ve con los ojos del muerto siente el extraño impulso de averiguar la verdad que se oculta tras el crimen por el que fué condenada su bienhechor, al que supone víctima de una maquinación diabólica. Por su originalidad y su dramático desenlace, este libro ha sido adquirido por la productora «Columbia».

EN PREPARACION:

N.º 64. **CONFIDENCIA FATAL**, por Jack Dolph.

El turbio mundo de los hipódromos... Un «hockey» muerto en la cámara de vapor... Cinco billetes robados, y un gato desaparecido... Un amigo del difunto: el doctor Conne, investigador de originales procedimientos que se muestra escéptico ante el informe del forense, y comienza sus investigaciones, convencido de que existen suficientes motivos para pensar en un asesinato.

Bajo el símbolo de «EL BUHO» se ofrece a los lectores de habla castellana una inagotable selección de novelas de enigma, tensión y «suspense». No es una colección policiaca más, sino la única que reúne a todos los «grandes» del género; y la mejor prueba de ello es la mención de algunos de los nombres más famosos que figuran o figurarán en las portadas de «EL BUHO»: Erle Stanley Gardner, Ellery Queen, Dashiell Hammett, Leslie Ford, S. S. Van Dine, Peter Cheyney, John Dickson Carr...

Y EL PRECIO DE CADA VOLUMEN
HABLA POR SI MISMO: 12 PESETAS

RICHARD ELLINGTON

CRIMEN ENTRE ARTISTAS

TAMARA ARROYO
2001



COLECCION «EL BUHO»

Exclusiva de Distribución:
GERPLA, Unión, 21. BARCELONA

acercó a ella y miró también. No había nadie. Vi que daba un suspiro de alivio.

—¿Qué ocurre? — pregunté.

—Cree que me había seguido.

—¿Quién?

—Mi marido.

Entramos otra vez en mi despacho y nos sentamos.

—¿Es su marido el motivo de que haya venido a verme? — volví a preguntar.

—Sí — dijo mientras cruzaba las piernas. Las contemplé complacido. Eran hermosas y tenían una lozanía juvenil superior al aspecto del rostro y el cuerpo de su dueña. Es muy celoso y tiene un genio terrible. Me da miedo... Por eso he acudido a usted. He pensado que quizás un detective particular pudiera...

—Un momento — interrumpí —, empecemos por el principio.

—Sí, sí, claro. No me explico bien, ¿verdad?

—No mucho. Vamos a ver. ¿Cómo se llama usted?

—Mónica Montgomery.

—Bien, señora Montgomery: ahora oigamos su historia.

—¡Oh! es una historia muy vulgar — dijo mirando al suelo —; estoy enamorada de otro hombre. Sostenemos... sostenemos relaciones.

—Ya. Y su marido acaba de enterarse. ¿No es así?

—Lo ignoro. Por lo menos, no creo que lo sepa con certeza. Sospecha algo, sí; pero ignora quién es el otro.

—¡Ajá! ¿Y cuando entro yo en escena? — pregunté con un poco de impaciencia.

—Joe y yo hemos tenido mucho cuidado.

—¿Joe es el «otro»?

—Sí — repuso pensativa.

—Bueno. Y ¿se puede saber qué quiere usted de mí?

Levantó los ojos y me miró. Tenía una expresión de inquietud y por el tono de su voz me pareció sincera.

—Como le iba diciendo, Joe y yo hemos sido muy prudentes. Nunca nos vemos en público. El también es casado.

—¿Su mujer sabe algo?

—No, me parece que no — repuso, negando con la cabeza.

—Señora, todavía no me ha dicho por qué ha acudido a mí — insistí, recalcando las palabras.

—Es verdad, es verdad. Pero a ello voy. Me dispongo a dejar a mi marido para marcharme con Joe, pero no podré hacerlo antes de dos semanas.

—¿Por qué?

—Lo siento, pero eso es lo que no puedo decirsele.

—Como usted quiera — contesté sin enfadarme.

La señora Montgomery desdobló las piernas y se acercó más a la mesa.

—Esta noche me vere con Joe — dijo —; es de suma

importancia que se hable. No volveremos a encontrarnos hasta... hasta que nos marchemos juntos. Pero esta noche he de verle sin falta.

—¿Teme que su marido haya podido sospechar la verdad y trate de oponerse?

—No, no temo que se oponga; pero puede seguirme y, si me sorprende con Joe, es posible que se produzcan violencias.

—¿Quiere usted decirme de una vez qué desea que haga yo.

La señora Montgomery, con un gesto que denotaba honda preocupación, me contestó lentamente:

—Joe y yo estamos citados en el Central Park, esta noche, a las diez y media, cerca de la entrada que da a la calle Cincuenta y Nueve y a la Séptima Avenida. Entraré por esa puerta. He pensado que usted podría sentarse en uno de los bancos de por allí, esperarme y cuando yo llegara, vigilar los contornos por si mi marido me hubiera seguido. De noche, el parque es muy solitario; no le será a usted difícil identificarlo. Y si se pusiera violento... bueno... su misión sería impedirlo.

Adopté a mi vez una expresión preocupada.

—No me hace mucha gracia. Pueden suceder cosas muy desagradables.

—No tema. Mi marido tiene mal genio, pero las armas de fuego le dan un terror pánico.

—A mí también — le contesté prestamente.

La señora Montgomery levantó las cejas y me miró un poco sorprendida:

—Pero, sin duda alguna, tendrá usted licencia de armas, ¿verdad?

—La tengo, aunque eso no desvirtúa lo que he dicho antes. La mayor parte de las veces prefiero dejar la pistola aquí — repuse dando unos golpecitos al cajón del escritorio.

—Pues esta noche será mejor que la lleve encima. No creo que tenga que usarla. En caso de necesidad bastará con enseñársela a mi marido; no hará falta más.

Todo aquello me parecía un poco confuso. Me eché hacia atrás en la silla, miré fijamente a la señora Montgomery y le dije:

—Oigame. Si es víctima de un chantaje, si le han exigido determinada cantidad por algún motivo, y piensa usted pagarla esta noche, es mucho mejor que me lo diga.

Mónica Montgomery se levantó a medias de la silla y me contestó destemplanadamente:

—¡Le he dicho la verdad! ¡Toda la verdad! Y usted se permite...

—Bueno, bueno, está bien, está bien — dije en tono conciliador mientras la observaba. Ella apretaba los labios fuertemente y vi que hacía esfuerzos por no echarse a llorar.

Un par de horas más tarde la cabeza me ardía, me dolían los ojos y tenía la garganta seca de hablar con la policía.

Eran ya menos, porque algunos también se habían cansado, pero todavía quedaban dos preguntándome cosas.

En la habitación no había más que una mesa de oficina, algunos bancos a lo largo de la pared, unas incómodas sillas y una luz muy potente que colgaba del techo y que nos molestaba a todos.

Uno de los policías estaba sentado sobre una mesa. En un sargento de uniforme. Tenía el pelo crespo y gris, y un rostro impenetrable y solemne. No parecía muy inteligente ni muy agudo, pero sí competente. También debía de estar cansado y un poco aburrido. Se llamaba Boylan.

El otro era el detective que iba a encargarse del caso. Se llamaba Devers. No parecía cansado. Era bastante joven y, en cierto modo, de buen aspecto. Y digo en cierto modo porque nunca me han gustado las imitaciones, aunque sean positivas. Devers procuraba, en todos los detalles, parecerse a Ralph Bellamy en su famosa serie de películas detectivescas. He seguido tratándolo y le he visto imitar sucesivamente a James Cagney, a Humphrey Bogart, y a Kirk Douglas en «Brigada 21».

Me senté en una de las sillas y encendí un cigarrillo. Devers se paseaba a lo largo de la habitación, haciendo de vez en cuando un gesto de impaciencia y mirándose el reloj de pulsera.

Ninguno de nosotros hablaba. Ya no quedaba nada por decir, creía yo, y así debían de entenderlo también ellos. Les había contado todo lo que sabía, excepto lo del papel que había encontrado doblado en el bolsillo de mi disfraz de Montgomery. No sé por qué me lo callé. Quizá porque deseaba jugar esa carta yo solo o, simplemente, porque me

desagradan los policías que atormentan con preguntas al inocente.

Les costó otra hora dar con Tom Gabeau. Mientras esperaba, volví a referir la historia dos o tres veces más. Pareció al fin satisfacerles; sobre todo cuando pudo localizarse a Gabeau.

Devers le explicó lo que sucedía y Gabeau **pidió una descripción de mi persona para ver si se trataba, en realidad, de mí.**

—Tendrá unos treinta y siete años, es alto, delgado, fuerte, facciones correctas, ojos y cabello castaños, comienzo de calvicie, mal genio y mucha labia.

Oí que Gabeau se reía al otro extremo de la línea y pedía hablar conmigo. Devers me cedió el aparato y otra vez volví a repetir lo sucedido. Después de eso, Devers cogió el teléfono y Gabeau le dijo que yo era, en efecto, Steve Drake, un detective particular a quien conocía muy bien desde hacía muchos años, y que consideraba más que probable que no hubiera matado a la mujer.

Esto tranquilizó a Devers, pero no lo bastante para que me estrechara la mano ni se disculpara por las molestias que me había ocasionado.

Aquello me dio mucha rabia; pero, sin decir palabra, cogí el sombrero y me dispuse a marcharme.

—No puede irse todavía — dijo Devers.

—¿Por qué? — pregunté, temiendo perder la calma.

—Estamos esperando varios informes, entre otros el del forense. Llegará de un momento a otro. No puedo dejarle marchar hasta enterarme de lo que dice.

—¿Desea saber cómo murió? — dije sin tratar de ocultar el sarcasmo que había en mi voz, pues la causa de la muerte no podía ser más clara.

Devers **debía de tener preparada la respuesta.**

—No, nada de eso. Deseo saber si fué violada — repuso con voz tranquila.

Agaché las orejas y me senté a esperar el informe. El teléfono no tardó en sonar. Devers contestó:

—¿El forense? Bien. ¿Que hay? — **Emperó a tomar nota en un hoja de papel.** Escribía a la misma velocidad que el forense hablaba y supuse que debía de hacerlo taquígraficamente. Cuando hubo terminado, colgó el auricular sin decir palabra y **leyó lo que había escrito en el papel:**

—Se ha encontrado el bolso de la mujer...

Le interrumpí a propósito:

—Pero, dígame, ¿fué violada?

Devers **bajó el papel y me miró. Su rostro no expresaba ninguna emoción o sentimiento.**

—No — repuso con calma —. ¿Quiere usted marcharse? Puede hacerlo.

—Eso... no. Prefiero enterarme del informe.

—Entonces cierre la boca y escuche.

que se distraiga a los actores cuando faltan pocos minutos para subir el telón. Esto no podía ignorarlo Dejon. Sin embargo, había llamado por teléfono en tal momento. Así, pues, se trataba de algo urgente o llamaba a la estrella, sabiendo que, tratándose de ella, el director protestaría.

Siguiendo estas deducciones, el próximo paso era averiguar qué obra se presentaba en el Manning.

Cerca de la mesa vi una papelería. Dentro había un diario. Lo cogí y busqué la sección de espectáculos. Pronto encontré el teatro Manning. Representaban una obra titulada *Magnolia Salvaje*. La «estrella» era una hermosa mujer llamada Nina Storm.

La conocía por haberla visto un par de veces desempeñando papeles secundarios en las películas y me parecía sensacional. En *Magnolia Salvaje* había empezado con un pequeño papel, y al cabo de dos semanas era la protagonista de la obra debido a su estupenda actuación.

La obra era un éxito rotundo y la carrera de Nina Storm estaba asegurada. Los críticos convenían en decir que era la esperanza artística más brillante desde los felices días del debut de Helen Hayes.

Miré la dirección del Manning. No estaba lejos, en la calle Cuarenta y Ocho. Volví a echar el periódico a la papelería y me pregunté si Maurice Dejon conocería a Nina Storm.

Las fotografías de la pared me llamaron de pronto la atención. Me acerqué a ellas. La mayoría eran antiguas y amarillentas. Las contemplé con atención una después de otra. No descubrí nada que mereciera la pena, a no ser viejos recuerdos melancólicos. Al llegar al extremo de la pared, hallé algo que me pagó y aún diré que con interés, el trabajo que me estaba tomando.

Primero vi su retrato. Estaba autografiado. El rostro innegablemente hermoso y noble, aparecía mucho más joven. No llevaba sombrero de ala ancha, pero no cabía duda de que era el hombre a quien había visto bajar la escalera un rato antes. Me acerqué más y leí la dedicatoria. Con letra clara y elegante, decía: «A Maurice, con simpatía.» Y firmado: «Bob Packard.»

¿De modo que el misterioso individuo resultaba ser actor? Bien. Los actores tienen perfecto derecho a frecuentar las oficinas de los representantes artísticos. Naturalmente. Lo que lo parecía menos era frecuentasen fuera de las horas normales de trabajo. Dejaron un cadáver sentado en el suelo y apoyado en la pared.

Mi satisfacción fue mayor al ver el retrato siguiente.

el último de la hilera. Era el de cuatro años antes. Nina estaba preciosa, pero aún no tenía el aspecto falsificado y la mirada ardiente que ahora empleaba con tanto éxito. Parecía la foto de una muchachita que comenzase su carrera teatral. La dedicatoria me indicó que había acertado en mis deducciones. Decía: «A Maurice, que va a ayudarme mucho. Cariños. Nina.»

Alguien la había ayudado mucho, en efecto, pero yo me preguntaba si habría sido efectivamente Dejon. Dejé de mirar las fotos. Ahora empezaba a estar seguro de que era a Nina a quien Dejon llamaba por teléfono en el momento de ser asesinado. Me satisfizo llegar a esta convicción y, mentalmente, me di unos golpecitos en la espalda felicitándome de mi agudeza. Luego me pregunté por qué la habría llamado y volví a quedarme cariacontecido. Pero en general, estaba satisfecho de mi actuación y de mis deducciones. Me pareció que estaba comportándome como un verdadero detective y eso me reanimó. Inmediatamente me puse a buscar en el listín el teléfono de Robert Packard. No figuraba en él, lo cual no me sorprendió. Sólo los actores de éxito suelen tener teléfono, y por lo común no están en el listín. Los otros cambian de domicilio con demasiada frecuencia para tener un número fijo y su nombre registrado en la guía.

Decidí que ya había permanecido bastante rato en la oficina de Dejon. Mi deber hubiera sido llamar a la policía, pero ni siquiera pensé en ello. Estaba escarmentado desde la última vez; además, suponía que el hecho de haber encontrado dos cadáveres en tan pocos días, me haría sospechoso; máxime cuando las víctimas tenían relación entre sí, como Mónica Montgomery y Maurice Dejon.

Además, en cierta manera, no era de mi incumbencia hacerlo. Yo trabajaba ahora para Ronald Bishop y la señora Larkin.

Me palpé los diez mil dólares que llevaba en el bolsillo. Mis clientes se alegrarían bastante de la muerte del francés. Ambos tenían buenas razones para odiarle y temerle, pero ninguno de los dos podía haberlo matado. Había dejado a la señora Larkin en su casa mientras yo iba directamente a la oficina de Dejon. En cuanto a Bishop, estaba representando una función televisada, a la hora en que el hombrucillo fue muerto.

Antes de dejar la oficina miré cuidadosamente en torno mío para asegurarme de que no había dejado trazas de mi visita. Todo estaba como cuando había entrado. Incluso descolgado el teléfono.

Fui a la puerta y asomé la cabeza. No había nadie en el sombrío corredor. Limpié con el pañuelo el pomo y, abriendo la puerta entreabierta tal como la encontré, me silenciosamente hacia el ascensor y toqué el timbre de bajada. Luego bajé las escaleras con toda la rapidi-

Desde mi despacho oí que alguien empujaba sin ceremonia la puerta y luego la cerraba con mas cuidado. Decidí averiguarlo. Sonreí y me levanté. Ella avanzó unos pasos y entró. Iba a tomar asiento cuando de repente se volvió a medias hacia la puerta. Con gran atención observó el corredor en las dos direcciones. No había nadie, ¿Qué ocurre? ¿pregunté? Cref que me había seguido ¿Quién?. Mi marido. Un momento interrumpí empecemos por el principio, ahora oigamos su historia. ¿Y cuando entro yo en escena? ¿se puede saber que quiere usted de mí? Señora todavía no me ha dicho por que ha acudido a mí. Insistí recalcando las palabras. Me dispongo a dejar a mi marido para marcharme con Joe. Puede seguirme y si me sorprende con Joe es posible que se produzcan violencias. Joe y yo estamos citado en el Central Park esta noche a las diez y media. Y si se pusiera violento su misión sería impedirlo. Tendrá usted licencia de armas. ¿verdad? Siempre cobro mis trabajos por adelantado. Cincuenta dólares, gastos aparte- No contesté nada, sino que conté el dinero y me lo guardé en el bolsillo. Cogí un lápiz y un papel, y salí apresuradamente tras ella confiando en alcanzarla antes de que tomase el ascensor. Debo decir que mi oficina esta situada en uno de esos edificios que se alzan en la calle. Sus madrigueras suelen albergar artistas en bancarrota. Agité en el aire el papel y el lápiz: ¿Quiere venir un segundo? ¿Se me ha olvidado preguntarle una cosa? ¿Cuál es la profesión de su marido? Es representante de artistas. ¿Es que eso tiene alguna importancia? Le contesté guardándome el papel y el lápiz en el bolsillo. Nada había cambiado esencialmente en los últimos sesenta minutos. Sin embargo, yo me sentía, como siempre que doy comienzo a uno de mis trabajos, con un pie en la tumba. Eran cerca de las seis cuando me marché. Bajé por las escalera hasta la planta baja, éramos muchos los que preferíamos utilizar la escalera, sobre todo para bajar. Me paré unos segundos y eche un vistazo a mi alrededor. Los cincuenta dólares de la señora Montgomery me abultaban en el bolsillo. Decidí aligerármelo un poco y solazarme. La verdad es que siempre me entra la sensación de pasar un buen rato y disfrutar algo de la vida cuando llevo “la 38” encima. En la barra me bebí dos Martinis y luego cené unos excelentes espárragos. La pistola empezaba a pesarme, sentí no haberme tomado otro doble coñac. Mi cliente fue puntual. No tardé en oír el tac-tac de sus altos tacones pocos segundos antes de que su sombra se proyectara sobre la entrada del parque. Apenas oía sus tacones sobre la acera, pero me pareció que seguía andando deprisa. La seguí en esa distancia procurando ocultarme entre los árboles, para que pudiera verme bien y observar yo a mí vez si me había visto. Entonces se metió entre los árboles y desapareció. Cinco minutos más tarde oí que se acercaba un auto. Pude ver, aunque solo durante unos segundos la escena que se desarrollaba un poco más abajo- El auto pasó de largo y la oscuridad volvió a ser absoluta. Me dije entonces que debía empezar a ganarme los cincuenta dólares. Hace años que tengo la costumbre de llevar una pequeña linterna eléctrica, no me ocupa más lugar que una pluma estilográfica. El pequeño rayo de luz halló pronto, a través de las sombras, la roca. Ya no estaba allí. Proyecté la luz sobre los contornos mientras me apresuraba a bajar por el declive hacia la roca. Unos tobillo femeninos salían de detrás de la roca. Tenía las piernas ligeramente separadas. El pie izquierdo estaba desnudo. El derecho estaba cubierto con una fina media y calzaba zapatos de tacón alto. Cerca de esta se hallaba el otro zapato, patéticamente caído de lado. Reconocí el elegante traje bastante usado ya, y también el sombrero, caído en el césped y un poco abollado. Por fin encontré la media estaba fuertemente arrollada en torno a la garganta. Instintivamente comprendí que estaba muerta sin embargo debí asegurarme. Se trataba de un sencillo procedimiento de asesinato, primero se golpeaba a la víctima hasta hacerla perder el sentido y luego se le estrangulaba con su propia media. Fácil y silencioso buen crimen. Volví a proyectar la luz sobre el cadáver de la mujer y repentinamente me acordé del bolso.

Me arrodille otra vez junto a la señora, le registré los bolsillos. Uno estaba vacío, en el otro encontré un papel doblado. Lo leí a la luz de la linterna. Aquello podía ser una pista. “Manny Larkin. Calle Setenta y Nueve. Jueves a las 10.30”. Doblé el papel y me lo guardé en el bolsillo. Oí entonces que un coche se paraba en el camino. La potente luz se concentró en mí cegándome. ¿quién está ahí? ¿es la policía? En ese caso será mejor que se acerquen a cabo de encontrar el cadáver de una mujer.

La luz continuaba cegándome ¿qué dice? Repetí que había encontrado un cadáver. Dos potentes linternas me enfocaban mientras venían hacia mí, además del reflector del automóvil. Se detuvieron y parecieron observarme detenidamente. Ahí detrás hay una mujer muerta estoy seguro de que ha sido asesinada.

Hecha un vistazo, ha muerto estrangulada, explicó, tiene una media arrollada al cuello ¿Nada más? A primera vista parece que no ¿dónde vive que profesión ejerce? Volvió a preguntarme con brusquedad, no me fue fácil pero seguí mirándole y sonriendo, me observaba con suspicacia y al mismo tiempo con cierta ansiedad. Dio un paso hacia mí y me preguntó: ¿Juega usted limpio, amigo?.

Vi que el hueso de la mandíbula se le dibujaba a través de la piel. Estaba realizando un verdadero esfuerzo por dominarse. Por fin pudo articular palabras, aunque con hartó trabajo: Vigíale. Sus ojos tenían una expresión de tristeza. _ Es que mi oficio endurece, tiene mala suerte. Es su genio.

En la habitación no había más que unas mesas de oficina algunos bancos a lo largo de la pared, unas incómodas sillas y una luz muy potente que colgaba del techo y que nos molestaba a todos. Paseaba a lo largo de la habitación. Les había contado todo lo que sabía excepto lo del papel que había encontrado doblado en el bolsillo de la difunta, deseaba jugar esa carta yo solo. Pidió una descripción de mi persona para ver si se trataba en realidad de mí. Debía de tener preparada la respuesta. Empezó a tomar notas en una hoja de papel, y leyó lo que había escrito en el papel: bajó el papel y me miró. Su rostro no expresaba ninguna emoción o sentimiento. Siga leyendo- Se ha encontrado un bolso de una mujer, en él había una llave. La llave es de uno de esos alojamientos de artistas de tercera categoría. Mónica Montgomery se inscribió como artista. Dejó el papel sobre la mesa.

El número tres de la calle Setenta y Nueve. Se respiraba dinero, peor no el viejo dinero heredado, sino el oro vivo, recién hecho, y en cantidad.

Me saqué del bolsillo un sobre grande y abultado, había puesto en letras bien grandes: “URGENTE, PERSONAL, SE RUEGA CONTESTACIÓN” contenía un ejemplar con la fotografía de Mónica Montgomery. Aquella fotografía debía de tener por lo menos seis o siete años de antigüedad. Entré en un espacioso hall, adornado con columnas doradas de aspecto realmente impresionante. Le enseñe el sobre y dije, -he de entregar esto al señor Larkin. Debo entregárselo personalmente y esperar contestación- Para que se fijara bien, le señalé con el dedo las palabras escritas con el sobre en mayúsculas. Saqué el sobre y se lo enseñe: Lo está esperando.

Al fondo divisé un espaciosa habitación soleada. Cruzaron el salón y desaparecieron por otra puerta que yo ni siquiera había notado.

La conocía usted ¿Verdad? ¿A quien? A la mujer del retrato, miró la fotografía, no, no la he visto en mi vida.

Tenía si nombre, dirección y fecha “jueves a las 10.30 apuntado en un papel y el papel estaba en su bolso.

El diario dice que la muerta se declaraba artista. Entramos en otra habitación. Era un estudio tan lujosamente instalado. Dos grandes estanterías contenían magníficos volúmenes, había una hermosa mesa de caoba con tres teléfonos. Yo me sentía un poco incómodo como si le llevara a Larkin una primera obra y esperaba su veredicto. Pasé la vista por los volúmenes de la biblioteca. Eran magníficos de encuadernación y los títulos buenos de verdad. En las últimas semanas he hecho más que ver a artistas ¿Cita a todos los artista aquí en su casa? Pregunté un poco sorprendido. Normalmente sí, aunque le parezca raro; pero esto es lo suficientemente espacioso. A veces les veo en uno de los estudios. Estudié su rostro durante varios segundos. ¿No es Bishop el artista sobre quien se está investigando por actividades comunistas? Me miró de reojo antes de responder, tengo un equipo con mucha imaginación.- Recuerde que la realidad es demasiado verdad para la ficción.

Oiga ¿sabe la policía sobre ese papel que encontró en el bolsillo? No, se me olvidaba decírselo ¿cree usted que se le va a mejorar la memoria? Por ahora me parece que no.

En un abrir y cerrar de ojos se instalaron nuevos estudios en almacenes desocupados , viejos teatros, e incluso en edificios destinados a oficinas. Y se precipitaron en alud sobre le nuevo arte. Debían hallar el espacio vital para que el nuevo monstruo pidiera vivir , sino también alimentar su incansable estomago con nuevas ideas. Ambas voces pertenecían sin duda a artistas que conocían su oficio. Me reveló que no era un artista, su actitud se trataba de alguien relacionado muy íntimamente con el director o uno de los artistas principales.

Por el momento, tres artistas en un decorado que representaban el salón de una casa cualquiera. La otra artista podía ser una de las cien muchachas que descubren y olvida cada año. El tercero Ronald Bishop se conocía de fotografías. Parecía tener treinta y cinco a cuarenta años. También me di cuenta de que tenía verdadero talento, de que era en una palabra un artista. Permanecí mirando, en su rostro se dibujaba una expresión de enfado, echó una mirada entorno suyo y finalmente clavó los ojos en le gran ventanal, que estaba situado en el rincón del estudio y ligeramente más elevado. Los operarios y los artistas no pretendía molestar . No es posible mantener un estudio en silencio.

Salimos del estudio bajamos, cruzamos la estación y nos metimos en el bar Commodore.

Creo que puedo fiarme de usted dijo entonces. ¿Profesionalmente o socialmente? Quisiéramos encargarle un trabajo. ¿Qué clase de trabajo? ¿qué ha ocurrido? Aquello empezaba a olerme a chamusquina.

La señora Larkin me miró con sus negros ojos y fríos ojos. Creo que debo ser absolutamente franca y sincera con usted. Si quiere encargarme un trabajo , como usted dice , debe ser en serio. Sin embargo en el estudio estuvo usted notoriamente cariñosa con él. Está acostumbrado a verme charlar con todos los artistas. ¿Qué trabajo desea usted encomendarme entonces? Si lo nuestro llegara a saberse, por un lado perjudicaría mucho su carrera artística, y por otro sería capaz de hacerme cualquier cosa...

Un hombre llamó anoche por teléfono y le dijo que conocía nuestro secreto. ¿Entonces van ustedes a dar ese dinero? ¿Cuándo deben entregar ese dinero? Dijo que lo quería sin falta esta noche, pero que ya nos comunicaría donde dárselo. Es mucho mejor pagar. Ronnie está dispuesto a hacerlo ¡Qué tonto puede resultar un hombre aunque sea una gran estrella. Además que importa gana muchísimo dinero. Conformes les costará cincuenta dólares. Abrió inmediatamente el bolso y contó cinco billetes. De diez dólares, que me entregó. ¿Tiene preparado el dinero?. Se sacó del bolso un pequeño lápiz de oro y escribió algo que arrancó de una libretita. Le espero hacia las siete. Llamé la camarero pagué las consumiciones y regresé al estudio. ¿Qué le ha parecido la obra? ¿No la encuentra un poco convencional? No más que otra buena obras. Claro es imposible apartarse del patrón general. Sin embargo es buena. ¿ha hablado usted con ellas? Se encargará del trabajo?. Le pago para que entregue el dinero esta noche. ¿Le ha dado dinero?. Iré a buscarlo esta noche a su casa?

Crucé el estudio y me dirigí hacia la salida.

Permanecí en la creciente oscuridad durante quince minutos o veinte minutos. Luego fumé un cigarrillo y me puse a reflexionar. Diez minutos después la señora Larking estaba en le salón. En la mano llevaba un abultado sobre blanco. Aquí tiene el dinero –dijo mirando entorno suyo, como si temiera que alguien le espíase. Abrí el sobre y conté el dinero. Había diez mil dólares en billetes de ciento. Mientras preparaba las bebidas dijo sin mirarme. Tomaré algo con Manny cuando vuelva del estudio. Se acercó a mi y me miró intensamente con sus hermosos ojos. Luego cerró completamente los ojos. Estuvimos así durante un par de minutos. Trabajas muy deprisa nena pero te olvidas de ciertos detalles. Los ojos le brillaban diabólicamente, ka obligación primero luego la devoción. Le llamará allí mañana o pasado y concretamos una cita. Didi Larkin seguía sentada en el sofá, sonriéndome, pero sus volvían a ser fríos. Observé que junto al sofá y sobre la mesita había un teléfono, que no tardaría en sonar. Cuan privilegiado podía considerarse al tener ocasión al tener ocasión de contemplar a tan gran artista por medio de la televisión. Todo resultaba un privilegio para todos, para que pudiera verlo bien, y le decía la público cuán afortunado , cuán privilegiado podía considerarse. Entonces sonó le teléfono. Fui yo quien lo descolgó y contesté: ¿Quién está al aparato? Me llamo Drake.

Soy el encargado de resolver con usted el asunto que ya conoce. Esta dispuesto a pagarle y me ha pedido que me encargue de entregarle a usted el dinero.¿podría traérmelo enseguida? Lo tengo en efectivo en el bolsillo como usted quería. Voy a llevarle el dinero. En su cara se dibujaba la expresión de una felicidad perfecta y de un placer indecible.

Salí a la calle, en mi reloj de pulsera vi que era casi la hora convenida. Miré y vi un edificio de aspecto lúgubre encajado entre una galería y un viejo teatro dedicado al cine. El lugar estaba muy iluminado y había mucha gente en las calles. Sin embargo me sentí muy solo.

Reflexioné unos instantes si sería mejor firmar o no, y después de decidir no hacerlo me paré un momento para tomar aliento antes de entrar en el corredor, entonces oí el ruido de unos pasos que se acercaban por dicho corredor. A unos diez escalones la pared formaba un rincón. Me escondí en él y miré. La puerta se abrió y dio paso a un hombre. Salía luz por debajo de la puerta que se hallaba apenas entreabierta. Leí la tarjeta clavada sobre la puerta con dos chinchetas . decía: Agente artístico. Agente artístico!, empujé la puerta y entré. La luz estaba encendida y provenía de una bombilla. Una de las paredes estaba cubierta de fotografías de artistas. Por lo demás la habitación estaba vacía.

Aquello no me gustó, me puse a imaginar. Todo coincidía, me sentí satisfecho de mis deducciones. Me dirigí hacia la mesa. Un hombre estaba sentado en el suelo detrás de la mesa, con la espalda apoyada en la pared, sus ojos medio abiertos parecía contemplar estúpidamente algo debajo de la mesa. Eché un vistazo entorno mío . Vi unas cuantas cosas que no había advertido al entrar. No me eran desconocidos ni tampoco el hombre asesinado, reclinado sobre la pared. Lo había visto, y quizá fuera le mismo que vi en la estación del “metro”. Todo era muy confuso ¡ y yo descubría los dos cadáveres!, seguramente existía relación entre los dos asesinatos. La señora Montgomery me había dicho que el hombrecillo era agente artístico, todo su relato debió de ser probablemente falso. Recordaba que al preguntarle la profesión de su marido , le había pillado desprevenida. Decidí sin embargo asegurarme. Fui hacia el cadáver, observé que al lado del teléfono había un pedazo de papel y un lápiz. En el papel estaba escrito un número . Traté de reconstruir la escena, había escrito ese número en le pedazo de papel , habría notado algo alarmante. Me senté en la mesa y, teniendo buen cuidado de no dejar marcadas las huellas de mis dedos , cogí el teléfono . Acababa de ocurrírseme algo. Saqué el lápiz de mi bolsillo y marqué el número que estaba escrito en el pedazo de papel. Seguí con la mente en blanco sin ocurrírseme nada. Luego empecé a pensar en la obra, aunque tal cosa no quería decir nada ni revelaría probablemente ninguna pista. Miré entonces las fotografía que cubrían la pared pero lo hice distraídamente y procurando relacionar los hechos para ver lo que salía. Dedique un poco más de atención la las llamadas telefónicas de artistas. El próximo paso era averiguar que obra se presentaba. Las fotografía de la pared me llamaron de pronto la atención. Me acerqué a ellas . La mayoría eran antiguas y amarillentas. Las contemplé con atención una después de la otra. No descubrí nada que mereciera la pena, a no ser viejos recuerdos melancólicos. Al llegar al extremo de la pared, hallé algo que me pagó y aún diré que con creces el trabajo que me estaba tomando. Primero vi su retrato. Estaba autografiado. ¿De modo que le misterioso individuo resultaba ser artístico.

Eran las nueve y cuarto cuando me bajé del taxi. Entré en el edificio y me dirigí al estudio, la chica de conserjería me indicó cómo llegar hasta los aposentos de los artistas. Larkin se acercó a mi ¿Qué le ha parecido? Es un verdadero artista- Si , un verdadero artistas- repuso ella sin el menor entusiasmo . No me han salido tan bien como la representación. Creí que había abandonado usted ese otro trabajo. ¿Dónde estaba usted cuando se proyectaba la representación? Estuvo usted allí durante toda la representación.

(pag 59) El francés es un agente de artistas arruinado. El artista recogió el sobre con los diez mil dólares, que yo había dejado sobre la mesa, y se lo guardó en el bolsillo del batín. El artista volvió a dejarse caer en la silla

apesadumbrado y se puso a tabalear nerviosamente en la mesa. Quizá Packard no fuera como Bishop lo pintaba. Miré hacia atrás, una mujer surgió de entre las sombras de un rincón. Le he dicho que me he olvidado de algo arriba en el estudio. Le conté que me había encontrado un cuerpo . Supongo de que podrá probar eso que estuvo en su casa. A la hora que fue asesinado se estaba proyectando por televisión

Tamara Arroyo
2011

CRIMEN ENTRE ARTISTAS

...los barrios aristocráticos de Nueva York.
...un famoso productor de la televisión.
...una mujer madura, pero todavía hermosa, que contrata a un detective privado para que la siga.
...y el detective contratado: Steve Drake, un investigador con pocos clientes.

Cuando Steve Drake recibió cincuenta dólares para seguir a su propio cliente por Central Park, pensó que iba a perder el tiempo; pero el hallazgo de un cadáver le hizo cambiar de parecer. Y no tardó en sospechar que estaba bajo una amenaza invisible, y a punto de hacer de un ataúd su hogar permanente.

Otras novelas de Steve Drake publicadas bajo el símbolo de EL BUHO:

N.º 53. EL CADAVER QUE HABLO

N.º 59. ERA UN ASESINATO

GRANDES NOVELAS POLICIACAS